

VISITAS EPISCOPALES AL CISTER DE TEROR EN EL SIGLO XX

SOR ESPERANZA VIERA DÉNIZ, R.C.

Al comenzar el siglo XX la Comunidad Cisterciense del Monasterio de San Ildefonso de la Villa mariana de Teror, Gran Canaria, era la única comunidad contemplativa de la Diócesis de Canarias. El Obispo Fr. José Cueto Díez de la Maza, O.P., mostró gran preocupación y desvelo por el vigor espiritual del monasterio.

Dada la escasez de clero que encontró, el Prelado realizó las gestiones necesarias para que desde la Abadía Cisterciense de San Isidro de Dueñas (Palencia) vinieran Padres como capellanes y confesores de la comunidad. En efecto, monjes cistercienses atendieron la capellanía hasta el año 1912. Se hospedaban en la casa de la capellanía, junto al monasterio, ayudando al mismo tiempo en las tareas de la parroquia. El P. Raimundo Gorilla fue incluso confesor del Padre Cueto hasta la muerte de éste.

En el Archivo del monasterio se conservan cinco cartas de visitas de este obispo dominico, en las que realizó el mandamiento del amor, el esfuerzo diario para enriquecer la liturgia, la clausura y la vida de oración. Bendijo con toda solemnidad el cementerio comunitario. Revisó y aprobó unas Constituciones, cuyo valor actual es notorio, aún después del Concilio Vaticano II.

Don Adolfo Pérez Muñoz hizo visita oficial al convento en 1910 y dejó consignado en el libro de visitas una carta sobre "las excelencias y obligaciones del estado religioso". Ese mismo año presidió la elección de la Madre Abadesa.

Respecto a Don Angel Marquina se conservan sólo varios oficios de autorización con dos cartas de visita del Vicario General, Don Anastasio de Simón.

Don Miguel Serra Sucarrats hizo visita canónica en 1927, acompañado de su hermano Don Carlos, dejando una exhortación pastoral sobre la virtud de la obediencia.

En julio de 1930 tiene lugar la visita de un ilustre prelado, el Nuncio de su Santidad Pío XI, Monseñor Tedeschini. La noticia fue anunciada a la comunidad unos días antes y fue recibida con general alegría. Las hermanas se esmeraron en adornar al convento para tal acontecimiento, con pancartas de aclamaciones y vivas al Papa y a la Iglesia. La entrada principal del monasterio estaba alfombrada artísticamente, con flores naturales.

El miércoles, dos de julio, a las once de la mañana, una gran caravana de automóviles subía a Teror, acompañando al Nuncio. Después de visitar la Basílica y orar ante la imagen de Nuestra Señora del Pino, se detuvo en el Palacio episcopal y en el colegio de las Madres dominicas. Por último, subió al Císter, donde fue recibido a la puerta del convento por el capellán del monasterio, Don Joaquín Artiles, y gran multitud de fieles, que esperaban con ilusión su llegada.

Accedió al templo mientras la comunidad entonaba el Magnificat. Oró largo rato ante el Sagrario y dio luego la bendición al pueblo. Pasó después a clausura, acompañado por los señores Obispos de Tenerife y Canarias y más de treinta sacerdotes. Recorrió todas las dependencias del monasterio y parte de la nueva finca que había sido amurallada hacía apenas un año.

En la sala capitular habló a la comunidad. Las crónicas de ese tiempo nos han transmitido algunas de sus palabras. Encomió la vida contemplativa, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente:

“La Providencia os puso a vosotras en este hermoso pueblo, Teror, para que seáis como custodias de la Virgen del Pino, vuestra y nuestra querida Madre, que es el tesoro más rico que tiene Gran Canaria. En ninguna parte se encuentra la paz y la felicidad que se disfruta en el claustro. Si la Virgen María, que vino en carne mortal a Zaragoza, hoy volviera a vivir en la tierra, estoy seguro que elegiría para ello el claustro, pues Ella, desde que Jesús subió al cielo, se retiró a la vida contemplativa y de oración. Dichosas vosotras que os halláis cobijadas por tan excelsa Madre y Señora”.

Terminó la visita con el canto del Te Deum y la bendición del Nuncio, que se dirigió a la ciudad de Arucas.

El Obispo Don Antonio Pildain tuvo siempre muy buenas relaciones con la comunidad del Císter. Sus visitas fueron siempre privadas, realizando sólo una oficial. En los meses de verano, que pasaba en Teror, con frecuencia, a lo largo de su extenso pontificado, subía al monasterio a la hora de Vísperas, y al terminar éstas, daba una charla a la comunidad en la reja del coro. Repetía con insistencia, según su estilo: “Tengo una presa en Teror, para el cultivo espiritual de mi Diócesis, que sois vosotras, mis hijas cistercienses”. Hasta entonces seguíamos siendo nosotras las únicas de clausura de la Diócesis. Nos inculcaba el vivir con intensidad la vida del Espíritu.

El año 1963 la comunidad celebró con toda solemnidad las Bodas de Diamante de la inauguración del monasterio. Vino desde la Abadía de San Isidro de Dueñas el Padre Abad, Don Buenaventura Ramos, con varios padres de distintas casas del Císter. Cerca de cincuenta sacerdotes diocesanos estuvieron presentes en el acto. Monseñor Pildain no pudo asistir por encontrarse participando en el Concilio Vaticano II y estuvo representado por el Vicario General, Don Juan Marrero. A través del Procurador General de la Orden se recibió un telegrama de la Santa Sede.

Durante los once años del episcopado de Don José Antonio Infantes Florido, tal vez el evento más importante a reseñar en esta breve comunicación sea la “jornada de puertas abiertas” que tuvimos el 18 de septiembre de 1968. A las tres de la tarde se abrieron las puertas de clausura y entraron en el monasterio unas 300 religiosas de vida activa, de todas las Congregaciones femeninas de la isla, para una reunión eclesial presidida por el Obispo.

Fueron momentos de verdadera emoción los que se vivieron. Todas las religiosas unidas por el mismo entusiasmo se confundían las unas con las otras para formar una sola y única familia. En la sala capitular el Obispo dirigió la palabra a todas las hermanas reunidas, exaltando la vida religiosa en términos llenos de aliento y esperanza. “Los monasterios no tienen muros”, dijo, queriendo así expresar el poder de la oración, alma de nuestra vida.

A continuación habló una religiosa dominica sobre el tema “Vocación a la santidad” y una teresiana evocó el tema “En la Iglesia no hay compartimentos”. Por último, el P. Miguel Angel Díez de Palencia expuso unas ideas en torno a la Epístola de San Pablo a los Efesios 4,14 ss. Después siguió una Eucaristía presidida por el Sr. Obispo y varios sacerdotes. Todo terminó con un ágape fraternal en el refectorio de la comunidad.

Finalmente, durante estos últimos años en que tenemos como Obispo a Don Ramón Echarren Ystúriz, ha tenido lugar lo que podemos calificar como “acontecimiento del siglo” para nuestro monasterio: la visita de la imagen de la Virgen del Pino. Tuvo lugar en la noche del 11 al 12 de septiembre de 1983, en cuya ocasión las religiosas y un número bastante crecido de fieles celebramos una Vigilia Mariana en la iglesia cenobial.

Nuestro actual Obispo en más de una ocasión nos ha dirigido un día de retiro, dejándonos impregnadas de la Palabra de Dios. Pena que, por su mucho trabajo pastoral, que nosotras acompañamos con nuestra plegaria perseverante y apostólica, no podamos tenerle más a menudo entre nosotras.

Glorificado sea el Señor.